

Ricardo Bernardi (1945-2025)

*El zorro que buscaba erizos: pluralismo, rigor
y la búsqueda de verdades posibles*



LUIS VILLALBA¹

Quiero comenzar, no por los cargos ni los libros, sino por algo que quienes lo conocimos sabemos con certeza: Ricardo Bernardi era, ante todo, una persona que pensaba con placer, que escuchaba de verdad, que se reía con generosidad y que nunca confundió la institución con la vida. Era hijo único, lo que tal vez contribuyó a esa intensidad particular con que construyó vínculos. Vivió junto a Beatriz —compañera, interlocutora intelectual, su amor de toda la vida— una existencia donde el trabajo y la familia no eran dominios separados, sino dimensiones que se alimentaban mutuamente. Siete nietos que lo visitaban hasta el final. Quienes lo acompañaron en sus últimos días recuerdan algo que lo define bien: fotografías de viajes compartidos, imágenes de sus hijos, la presencia continua de Beatriz. La forma en que Ricardo Bernardi vivió y la forma en que murió fueron coherentes. Eso, en sí mismo, ya dice mucho.

Berlin (1953/1998), en su célebre ensayo sobre Tolstói, recuperó un fragmento del poeta griego Arquíloco: «El zorro sabe muchas cosas; el erizo sabe una grande». Él usaba esta distinción para caracterizar dos temperamentos intelectuales: el erizo, que organiza toda su experiencia en torno a una idea central, unificadora; y el zorro, que persigue muchos fines, ve el mundo desde múltiples ángulos, sin reducirlo a una visión única. Ricardo Bernardi fue, con toda claridad, un zorro. Médico, psiquiatra, psicoanalista, filósofo de la ciencia, investigador empírico, docente.

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.
luiseduardovillalba@gmail.com

Freudiano que dialogaba con Klein, con Lacan, con Bion, con Winnicott. Rioplatense que se movía con igual soltura en Londres, Nueva York o París. Alguien que podía citar a Peirce y a Homero en el mismo párrafo sin que sonara forzado.

Pero —y aquí está la paradoja que quiero explorar hoy— era un zorro que nunca dejó de buscar al erizo. Que nunca aceptó que la pluralidad de perspectivas fuera una excusa para renunciar a la verdad. Que siempre creyó que era posible encontrar razones mejores que otras, evidencias más sólidas, argumentos más honestos. Esa tensión —entre la apertura del zorro y la exigencia del erizo— es, creo, la que da forma a toda su trayectoria.

Freud fue, en muchos sentidos, un erizo: todo su edificio gira en torno a una idea unificadora, el inconsciente y el conflicto pulsional. Klein también: las posiciones esquizoparanoide y depresiva como organizadoras centrales de toda la vida mental. Lacan: el inconsciente estructurado como un lenguaje. Cada uno de ellos construyó un sistema poderoso y coherente desde un núcleo irrenunciable. Ricardo no era así. No tenía un núcleo único; tenía muchas preguntas. Podía trabajar con Kohut en una supervisión, con Bion en un seminario, con Peirce en un artículo epistemológico y con la etología de Frans de Waal en una conferencia internacional. Pero —y esto es lo que lo distinguía del ecléctico— nunca mezcló por mezclar. Siempre preguntó: ¿qué evidencia tenemos? ¿Qué argumento sostiene esto? ¿Qué excluye esta hipótesis?

Para entender lo que Ricardo representó hay que situar la época en que le tocó formarse: Uruguay, años 70. Dictadura afuera; dentro de la APU, una paradoja notable: mientras el país perdía libertades, el instituto psicoanalítico era uno de los pocos espacios donde el pensamiento podía moverse con relativa libertad. La hegemonía kleiniana comenzaba a ceder; llegaban Lacan, Bion, Winnicott. Y Ricardo —que había estudiado medicina, psicología y filosofía de la ciencia, que fue expulsado de la universidad por negarse a avalar a las nuevas autoridades militares y que prácticamente perdió todos sus cargos académicos de un día para el otro— fue incorporándose a una institución que le exigía tomar partido en disputas teóricas apasionadas. No eligió. O mejor dicho: eligió no elegir ningún bando. Fue a contracorriente de tres maneras distintas que quiero señalar brevemente.

1. A contracorriente del dogmatismo kleiniano: Cuando el kleinismo era la lengua franca obligatoria del Río de la Plata, Ricardo empezó a plantear que las teorías eran paradigmas en el sentido de Kuhn (1971): marcos que organizan lo que se puede ver, pero también que ciegan lo que no encaja. Que un kleiniano, un lacaniano y un freudiano no estaban describiendo la misma cosa con distintas palabras: estaban, en ciertos aspectos decisivos, mirando cosas diferentes. La inconmensurabilidad entre paradigmas no era un problema de traducción: era una diferencia de fondo que había que tomar en serio.

2. A contracorriente del pluralismo blando: Cuando el pluralismo llegó y todos se volvieron pluralistas, Ricardo advirtió el peligro inverso: el pluralismo como coexistencia pacífica entre ortodoxias, como evasión de la controversia, como manera de no tener que demostrar nada. Escribió —con una frase que no pierde actualidad— que las distintas escuelas tendían a encerrarse en círculos de referencias muy restringidos que excluían las opiniones divergentes; el problema no era que las rechazaran, sino que sencillamente las ignoraban. Para Ricardo, el pluralismo sin criterios de evidencia no era un avance científico, sino una forma elegante de relativismo.

3. A contracorriente del hermetismo metapsicológico: Cuando parte del campo psicoanalítico —especialmente en la tradición francesa— comenzó a ver con desconfianza cualquier aproximación empírica, Ricardo insistió en que la clínica necesitaba ser puesta a prueba. No para reducirla a estadísticas, sino para preguntarse honestamente: ¿qué le pasa al paciente? ¿Podemos saberlo? ¿Cómo podemos saberlo mejor?

El problema filosófico que atraviesa toda su obra podría formularse así: si las teorías psicoanalíticas son inconmensurables entre sí, si cada una recorta el material clínico de manera diferente y no existe un punto de vista neutro desde el cual compararlas, ¿es posible decir que alguna es más verdadera que otra? ¿O estamos condenados a un relativismo donde todas las perspectivas son igualmente válidas —o igualmente inválidas—? Ricardo rechazó los dos extremos. Rechazó el dogmatismo que pretende tener la verdad y rechazó el relativismo que renuncia a ella. Su respuesta

fue más modesta y más exigente a la vez: verdades parciales, provisionarias y compartibles; argumentos que pueden ser evaluados; hipótesis que pueden ser comparadas frente al material clínico; consensos que no son definitivos pero que son reales.

Llegamos a la conclusión de que existe una base común clínica parcial y dinámica. A nivel fenomenológico, determinados fragmentos del material muestran una resonancia compartida que enriquece la comprensión clínica de todo el grupo. Es también posible la comunicación sobre la conceptualización de los cambios del paciente, aunque en este nivel persisten cuestiones controvertidas (Bernardi, 2016).

Esta idea —la base clínica común como punto de partida, no como punto de llegada— fue la que guio su trabajo más maduro. El Modelo de los Tres Niveles (3-LM) nació de esta convicción: que analistas con marcos teóricos muy distintos pueden encontrarse en la resonancia compartida frente al material antes de que las teorías se interpongan. Frans de Waal (2005, 2009) —el gran primatólogo neerlandés, autor de *El mono que llevamos dentro* y de *La era de la empatía*— había documentado durante décadas que la empatía y la cooperación no son invenciones humanas recientes: están inscritas en nuestra biología como especie social. Los chimpancés consuelan a sus congéneres después de una pelea; los bonobos comparten alimento con extraños. La capacidad de resonar con el estado interno del otro es anterior al lenguaje, anterior a la cultura, anterior a cualquier teoría psicoanalítica. Ricardo tomaba esto en serio. Si la resonancia empática es parte del equipamiento evolutivo de nuestra especie, entonces cuando analistas de tradiciones muy distintas convergen en su primera lectura de un fragmento clínico —antes de que las teorías intervengan—, esa convergencia no es casual ni trivial. Es el sustrato biológico compartido haciendo su trabajo. Y sobre ese sustrato es posible construir algo: un diálogo real, no solo una coexistencia de ortodoxias.

Hay una dimensión de Ricardo que los textos psicoanalíticos no siempre reflejan bien: su vocación de trabajar en las fronteras. No como un gesto de eclecticismo ni de diplomacia institucional, sino como convicción profunda de que los problemas clínicos reales no respetan los límites entre

disciplinas. Dos iniciativas concretas ilustran esto mejor que cualquier descripción general.

GUÍA CLÍNICA PARA LA PSICOTERAPIA

A comienzos de los años 2000, en un ambiente donde la psiquiatría y el psicoanálisis frecuentemente se miraban con desconfianza —la primera acusando al segundo de acientífico, el segundo acusando a la primera de reduccionista—, Ricardo lideró la elaboración de algo que en ese momento era casi impensable en el medio local: una guía clínica para la psicoterapia (Bernardi et al., 2004).

Publicada en diciembre de 2004 en la *Revista de Psiquiatría del Uruguay*, fue un trabajo de equipo que reunió a profesionales de distintas tradiciones: Denise Defey, especialista en psicoterapia focal y perinatología; Alejandro Garbarino, con fuerte inserción en la investigación empírica de resultados; Juan Carlos Tutté, desde la articulación entre psicoanálisis y neurociencias; y el que suscribe, desde los criterios diagnósticos y la metodología clínica. Ricardo coordinó el grupo.

La guía partía de una premisa que sonaba simple pero que era políticamente incómoda: ninguna escuela teórica tiene el monopolio de la verdad clínica. La indicación terapéutica debe adaptarse al paciente, no el paciente al modelo del terapeuta. El monitoreo de resultados es un deber ético, no una concesión al positivismo. Hay que acercar la brecha entre la práctica clínica y la investigación. Era a contracorriente en las dos direcciones: cuestionaba al psicoanálisis, que se resistía a toda evaluación de resultados, y cuestionaba a la psiquiatría, que reducía el diagnóstico a un positivismo biológico. Lo notable es que lo hizo sin antagonismos, construyendo consenso donde había trincheras.

CURSO SOBRE DIAGNÓSTICOS EN EL HOSPITAL DE CLÍNICAS

Siete años después, Ricardo volvió a cruzar fronteras con igual determinación. En 2011, organizó en el Hospital de Clínicas un curso de educación médica continua titulado «Nuevos sistemas diagnósticos en psiquiatría y psicoanálisis: DSM-5, OPD-2 y PDM», acreditado por la Escuela de Gra-

duados de la Facultad de Medicina, con un equipo docente que incluía a Delfina Miller, Berta Varela, Rosa Zytner y el que suscribe. El título mismo del curso era un desafío conceptual. Ricardo proponía sentarse a estudiar los tres sistemas juntos: el DSM-5 —aún en borrador en aquel entonces—, el OPD-2, de origen europeo, y el PDM estadounidense. Su tesis era que el histórico divorcio entre ambas disciplinas comenzaba a disolverse precisamente porque los nuevos manuales —incluido el DSM-5 en su sección alternativa de trastornos de personalidad— empezaban a moverse hacia modelos dimensionales que el psicoanálisis siempre había defendido.

La necesidad de operacionalizar los conceptos no es traicionarlos: es la condición para poder discutirlos con otros. Participé en ese curso. Recuerdo la densidad de las discusiones, la heterogeneidad del auditorio y la forma en que Ricardo conducía: sin defender ningún sistema, usando cada uno como lente para iluminar lo que los otros no veían. Era el zorro en su elemento natural: moviéndose entre territorios que otros defendían como propios, sin pertenecer a ninguno, enriqueciendo a todos.

Es esa pregunta la que atraviesa toda la obra de Ricardo y que él nunca dejó de hacerse en voz alta: ¿cómo sabemos que lo que hacemos funciona? No como provocación escéptica, sino como exigencia ética. Si el psicoanálisis pretende ayudar a las personas, tiene la obligación de preguntarse cómo, cuándo y para quién lo hace. Esta pregunta lo llevó a desarrollar, a lo largo de tres décadas, una posición que podríamos llamar pluralismo metodológico: la convicción de que ningún método único —ni la certeza clínica del analista, ni el ensayo controlado aleatorizado, ni la interpretación hermenéutica— es suficiente por sí solo para responder las preguntas que el psicoanálisis necesita responder y que la tarea no es elegir entre ellos sino aprender a articularlos.

INVESTIGACIÓN CLÍNICA E INVESTIGACIÓN EMPÍRICA SISTEMÁTICA

Una distinción que Ricardo tomó de Liberman (1970) y desarrolló con rigor propio es la que existe entre la investigación durante la sesión —el trabajo vivo del analista con su paciente— y el estudio de la sesión como objeto de investigación. Son niveles distintos que se necesitan mutuamente pero no se reemplazan. La investigación clínica es insustituible: es la

única que tiene acceso a la singularidad irrepetible del proceso analítico. Pero tiene un límite conocido: el analista que trabaja con su paciente no es un observador neutral y la confirmación que siente cuando una interpretación «encaja» puede ser tanto efecto de la sugestión como de la verdad. Por eso Ricardo insistió en que la investigación empírica sistemática no es una amenaza al psicoanálisis sino su mejor aliada crítica.

EL PROBLEMA DEL INDUCTIVISMO ENUMERATIVO

Una de las críticas más precisas que formuló al modo habitual de razonar en psicoanálisis tiene que ver con lo que llamó inductivismo enumerativo: la tendencia a acumular casos que confirman la teoría en lugar de buscar activamente los que podrían refutarla. Es una forma de razonamiento que produce la ilusión de evidencia sin producir conocimiento real. La alternativa que propuso —siguiendo a Edelson (1988)— es el inductivismo eliminativo: descartar sistemáticamente las hipótesis menos fundadas para conservar las más convincentes. No probar que una teoría es verdadera, sino mostrar que resiste mejor que sus alternativas frente al material disponible.

LA INVESTIGACIÓN DE PROCESO Y RESULTADOS

Ricardo no se quedó en la epistemología. Participó activamente en investigaciones empíricas concretas sobre proceso y resultados en psicoterapia. Formó parte del Latin American Effectiveness Study, que comparó la efectividad de tratamientos psicoanalíticos de alta y baja frecuencia. Coordinó estudios sobre psicoterapia dinámica focal evaluando resultados a través de múltiples perspectivas —paciente, terapeuta, evaluador externo—. Desarrolló con su equipo del Hospital de Clínicas investigaciones sobre la relación temprana madre-bebé, sobre la vulnerabilidad psicosocial en niños en situación de pobreza y sobre la prevalencia de problemas psicosociales en pacientes hospitalizados. Lo que unificaba todos estos trabajos no era un método, sino una pregunta: ¿qué le pasa realmente al paciente? Y la convicción de que esa pregunta merece ser respondida con la mayor honestidad y el mayor rigor posibles, sin importar si la respuesta confirma o incomoda la teoría preferida.

EL MODELO DE LOS TRES NIVELES COMO SÍNTESIS

El Modelo de los Tres Niveles para Observar las Transformaciones del Paciente —el 3-LM, desarrollado en sus últimos años y adoptado por el Comité de Observación Clínica de la IPA— es tal vez la síntesis más lograda de su pluralismo metodológico. Propone avanzar de abajo hacia arriba: primero la resonancia compartida ante el material, luego la conceptualización de las dimensiones del cambio en un lenguaje que permita comparaciones y, finalmente, el nivel de las hipótesis explicativas, donde las teorías implícitas personales de los analistas entran en diálogo productivo.

Cerca de 1.000 analistas de distintas regiones participaron en grupos usando este modelo. Lo que Ricardo mostró con esa experiencia acumulada es que la base clínica común existe, pero no donde se la suele buscar: no en los principios metapsicológicos compartidos, sino en la resonancia intersubjetiva ante el material, anterior a las teorías. Era, una vez más, el zorro encontrando el erizo donde nadie lo esperaba.

Quiero decir algo sobre Ricardo como docente, porque quienes pasamos por su supervisión o sus seminarios sabemos que eso también es parte de su legado. No enseñaba teorías; enseñaba a pensar. A preguntarse de dónde viene esta idea, qué supone, qué excluye. A revisar las fuentes. A no conformarse con la cita de segunda mano. A no confundir la plausibilidad con la evidencia. Tenía una capacidad poco común: podía habitar genuinamente la perspectiva del que pensaba distinto. En una discusión, no avanzaba solo su propio argumento: fomentaba activamente el pensamiento del otro. Eso lo hacía incómodo para los dogmáticos de cualquier signo y profundamente valioso para quienes querían pensar. Su humor era parte del método. Una broma en el momento justo podía desactivar una defensa que 20 minutos de argumento no habían logrado mover. Y sabía cuándo callarse.

En uno de sus últimos trabajos (Bernardi, 2005) —publicado originalmente en el *Psychoanalytic Inquiry* y luego recogido en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* en un número especial sobre el fin de siglo— Ricardo hizo algo inusual: se autobiografió. Contó su historia como analista en un pequeño país latinoamericano durante una época turbulenta. Y terminó con una imagen de Homero. Ricardo tomaba la imagen

de Ulises para decir algo sobre sí mismo: tampoco él podía pretender haber encontrado la verdad definitiva. La verdad es como Penélope: se teje y se desteje, nunca está del todo terminada y siempre hay quienes disputan su mano. Pero a Ulises le queda algo: la forma en que construyó su lecho en el tronco de un árbol que sigue enraizado en la tierra donde creció. Y esa es la única manera de darse a conocer a Penélope.

Nosotros no tenemos mejor manera de darnos a conocer que exponer, en la medida en que nos sea posible, la forma en la que hemos construido las hipótesis en las que nos apoyamos (Bernardi, 2005).

Es una imagen humilde y a la vez digna. No la certeza del erizo, sino la honestidad del zorro que sabe lo que no sabe, que puede dar cuenta de sus razones, que no pretende el centro pero tampoco renuncia a la puntería. Ricardo Bernardi fue eso. Un analista que nunca dejó de aprender, que nunca confundió la institución con la disciplina ni la disciplina con la verdad, que creyó hasta el final que el diálogo —real, exigente, generoso— era el único camino posible.

Hace unas semanas, quienes lo acompañamos en sus últimos días vimos algo que ya he mencionado y que no quiero dejar de repetir: la coherencia entre la vida y la muerte. Las fotos, la familia, las conversaciones hasta el final. Nada solemne. Nada teatral. Solo continuidad. Creo que esa coherencia —entre cómo pensó y cómo vivió— es el legado más difícil de transmitir y el más importante. No está en los libros, aunque los libros están. Está en la forma de hacer una pregunta. En la disposición a tolerar la incertidumbre sin rendirse a ella. En el placer genuino de pensar con otros. Ricardo Bernardi nos enseñó que el psicoanálisis es una forma de comprometerse con la experiencia humana: curiosa, crítica y profundamente responsable.

Quisiera que este homenaje fuera una forma de agradecimiento por todo lo que Ricardo nos dio.

Gracias, Ricardo. ♦

REFERENCIAS

- Berlin, I. (1998). *El erizo y la zorra*. Muchnik. (Trabajo original publicado en 1953).
- Bernardi, R. (2005). ¿Qué después del pluralismo? Ulises aún en camino. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 100, 270-290. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1540>
- Bernardi, R. (2016). La base común clínica en los grupos de discusión clínica: resonancia intersubjetiva y teorías implícitas operativas. Conferencia presentada en la Association for Psychoanalytic Medicine, Columbia University, Nueva York, Estados Unidos.
- Bernardi, R., Defey, D., Garbarino, A., Tutté, J. C., & Villalba, L. (2004). Guía clínica para la psicoterapia. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*, 68(2), 99-146. http://www.spu.org.uy/revista/dic2004/02_guia.pdf
- De Waal, F. (2005). *El mono que llevamos dentro*. Tusquets.
- De Waal, F. (2009). *La era de la empatía: Lecciones de la naturaleza para una sociedad más solidaria*. Tusquets.
- Edelson, M. (1988). *Hypothesis and evidence in psychoanalysis*. University of Chicago Press.
- Kuhn, T. S. (1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica.
- Lieberman, D. (1970). *Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico*. Galerna.